

# “Un doctor” de Manuel Payno, antecedente vampírico

CECILIA COLÓN H. | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA, AZCAPOTZALCO

---

## Resumen

Este artículo tiene el objetivo de mostrar que durante el siglo XIX hubo varios autores mexicanos que escribieron dentro del género fantástico. Manuel Payno, uno de los más importantes narradores de ese siglo, escribió un cuento que también puede ser considerado como un antecedente de literatura vampírica en México, lo cual es un descubrimiento importante y aquí se dan las evidencias del hallazgo y sus características vampíricas.

## Abstract

This paper will show that during 19th century there were many authors who wrote fantastic literature. Manuel Payno, one of the most important writers of the century, wrote a tale that can be considered an antecedent in the vampiric literature in Mexico. This is an important discovery. Here I will give some evidence of this finding and its characteristics.

**Palabras clave:** Literatura de vampiros, Literatura fantástica, Cuento fantástico, Narrativa vampírica del siglo XIX.

**Keywords:** Vampire Literature, Fantastic Literature, Fantastic tale, Vampiric Narration during the 19th century.

**Para citar este artículo:** Colón H., Cecilia “«Un doctor» de Manuel Payno, antecedente vampírico”, en *Tema y Variaciones de Literatura*, número 60, semestre I, enero-junio de 2023, UAM Azcapotzalco, pp. 171-180.

---

## Introducción

Durante el siglo XIX se afianzó en Europa la figura del vampiro como un arquetipo literario que ha sobrevivido y evolucionado hasta nuestros días. Durante ese siglo varios autores europeos escribieron cuentos y novelas que le fueron dando al vampiro su esencia, una imagen cada vez más definida hasta llegar al más terminado y temido: *Drácula* de Bram Stoker, novela publicada en 1897, cien años después del texto considerado como el primero que abre esta tradición vampírica: “La novia de Corinto” de Johann Wolfgang von Goethe, poema publicado en 1797.

Mientras tanto, ¿qué pasaba en México? Nuestra historia nacional decimonónica tuvo muchos acontecimientos bélicos, amén de cambios de gobierno, guerras tanto intestinas como con otros países –recordemos las intervenciones de Estados Unidos y Francia–, sin contar los vaivenes económicos y sociales que se suscitaron en ese siglo XIX precisamente a partir del cambio fundamental que significó para México la Guerra de Independencia.

Al estudiar esa época nos damos cuenta de que no sólo eran las grandes guerras las protagonistas, también hubo un problema de identidad que era importante saldar lo antes posible si se deseaba conseguir una personalidad única para este naciente país. No olvidemos que fue en 1816 cuando se publicó *El Periquillo Sarniento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, considerada la primera novela que retrataba al tipo mexicano, ya no era una copia de los modelos literarios que venían de España, se puede decir que Fernández de Lizardi fue el primer novelista auténticamente mexicano que, además, empleó un lenguaje más propio, con el que se sentía identificado el pueblo, copió los dichos que escuchaba de la gente en las calles y esto empezó a dar una idea muy clara de lo que poco a poco sería el mexicano: “Fue el primero en captar el “color local” de este México caótico que se estaba formando, y del mexicano, el mestizo que no es ni español ni criollo ni indio: es el tipo nacional.”<sup>1</sup> No hay que olvidar que la literatura tuvo un papel determinante en este proceso de identidad y que fue definitivo para que se consolidara la existencia de México y lo mexicano. Se ha dicho que el XIX fue el siglo de la novela, pues gracias a ella, además de que los lectores y las lectoras tenían un momento de esparcimiento, también había una enseñanza, pues era el vehículo idóneo para compartir un conocimiento, tomando en cuenta que no todos podían ir a una escuela en esos años.

<sup>1</sup> Cecilia Colón, *Dos siglos, una novela: Monja y casada, virgen y mártir*, p. 39.

Ahora bien, ante un panorama tan complicado, no fue tan fácil la aparición de la Literatura Fantástica en general y mucho menos la del vampiro en particular, lo cual explica la ausencia de este personaje literario en la narrativa mexicana.

La investigación que he hecho en nuestro ámbito nacional y he vertido en un largo artículo titulado: “Hay un nuevo habitante en la Ciudad de México: el vampiro” (2018) arrojó que en el XIX no se escribió algún cuento o novela que llevara por protagonista a un vampiro, al contrario de lo que sucedió en Europa, sin embargo, esta investigación me llevó a descubrir algunos antecedentes; uno de ellos es la novela *Oceánida* (1887) de Rafael de Zayas Enríquez, cuya protagonista, aunque no es precisamente una vampiresa, sí está considerada como la primera *femme fatale* mexicana, en palabras de Esther Hernández Palacios. *Oceánida* es un personaje femenino que, sin chupar sangre, sin hacer el paso de la muerte a una vida diferente, como sucede con los vampiros, seducía a todo aquel que se le acercaba, recordemos que las características de la *femme fatale* están muy cercanas a la vampiresa y la seducción es una de las más importantes.

Sin embargo, al continuar con esta investigación, el año pasado revisé algunos cuentos de Manuel Payno, Justo Sierra y Vicente Riva Palacio y encontré, con enorme sorpresa, que ellos habían escrito algunos cuentos que quedaban perfectamente como antecedentes de un corpus vampírico que se consolida en México hacia finales del siglo XX y lo que va de este XXI.<sup>2</sup> De aquí que, aunque no podemos hablar de un corpus vampírico mexicano como tal en el XIX, sí podemos hacer mención de algunos textos, aparentemente aislados, que tienen como personaje a un vampiro y, más que eso, se trata de un desarrollo en el cual, aunque no veamos a uno, todo apunta a una presencia vampírica, generalmente, sólo insinuada. “Un doctor”, cuento de Manuel Payno, posee esta última característica, pues, aunque no vemos nunca al personaje, ante una lectura atenta y puntual, sabemos que está allí.

Por otro lado, cabe apuntar que, en la antología hecha por Fernando Tola de Habich y Ángel Muñoz Fernández, titulada: *Cuento Fantástico mexicano. Siglo XIX* (2005), el cuento que seleccionaron de Payno fue “El diablo y la monja” –bastante más conocido y estudiado que “Un doctor”–, que se publicó por primera vez en *El Álbum Mexicano*, en 1849. Posteriormente, Ana María Morales, en su antología titulada: *México Fantástico* (2008), coincide con la antología anterior al abrir este recorrido por la Literatura Fantástica con “La calle de Don Juan Manuel” de la pluma de José Justo Gómez Conde de la

<sup>2</sup> Revisese mi artículo, “Hay un nuevo habitante en la Ciudad de México: el vampiro” para conocer el corpus de novelas de vampiros al que me refiero.

Cortina, fechado en 1835; después incluye un cuento de Guillermo Prieto llamado: “El estudiante” de 1842 y de ahí se va a “La fiebre amarilla” de Justo Sierra que, si bien el autor lo publicó en su libro *Cuentos Románticos* de 1896, antes salió a la luz en *El Monitor Republicano* en 1868. Lo que llama la atención es que ella no haya incorporado ningún cuento de Manuel Payno en su libro. Hay varias coincidencias tanto de autores como de algunos textos en ambas antologías, entre las dos suman un buen número de cuentos: la primera contiene 32 y, la segunda, 14, todos inscritos en la Literatura Fantástica Mexicana del siglo XIX y principios del XX, lo cual da una buena idea de lo que significó este género entre los escritores mexicanos.

Manuel Payno (1810-1894) es más conocido por sus novelas *El fistol del diablo* (1845-1846) y *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891) que su narrativa corta y es una lástima porque como cuentista es bastante buen narrador en contraposición de lo que se decía de él como novelista, que era un poco descuidado y esto quizá se debe a que las dos novelas mencionadas salieron a la luz por entregas, de ahí que las fechas de publicación correspondan a dos años, pues fue el tiempo que tardó en escribir y publicar todos los capítulos, esto podría explicar un poco el descuido de su narrativa o del olvido involuntario de algún hecho de la novela, pero eso no quita que su estilo tenga la calidad esperada del siglo XIX y que él sea uno de los novelistas mexicanos más importantes de esa época.

## “Un doctor” de Manuel Payno

El cuento “Un doctor”<sup>3</sup> de Manuel Payno está dividido en cuatro pequeños capítulos que van marcando los pasos de tiempo. El narrador es el propio médico, cuyo nombre nunca se dice, él habla con un interlocutor que tampoco sabemos quién es, pero le platica esta parte de su vida; nos damos cuenta de su existencia porque a veces se establece un diálogo en donde ambos se hacen preguntas para aclarar alguna situación.

Este cuento, de primera intención, podemos inscribirlo en el romanticismo mexicano más puro, pues, aparentemente, es una historia de amor frustrado. El médico se enamora de Cecilia, su paciente, a quien había conocido de niña, pero cuando vuelve a verla, convertida en una hermosa joven de 15

<sup>3</sup> Aunque el cuento se publicó por primera vez en *El Museo Mexicano* en 1843, está fechado en 1842 que, seguramente, fue el año en que Payno lo escribió. También se encuentra dentro del tomo XIV de las *Obras Completas* de Payno, edición de CONACULTA, sin embargo, actualmente, es posible leerlo en su libro *Novelas cortas* publicado por Editorial Porrúa.

años, sus sentimientos hacia ella se transforman. Sin embargo, si leemos el cuento desde una mirada vampírica, la interpretación cambia por completo y vamos a ver cuáles son esos elementos que parecen muy sutiles, apenas insinuados, pero que son vampíricos. Recordemos que en la novela *Drácula*, el protagonista aparece muy poco, pero todos hablan de él y actúan en función de él, en esto radica mucho de su fuerza como personaje.

Comenzamos con los primeros síntomas de “enfermedad” que le dice la nana de Cecilia al doctor:

—¿Qué tiene? —le interrumpí con agitación.

—No lo sé, Doctor: no come, no duerme; cada día se pone más extenuada y más pálida.

—Vaya, veo que no es cosa de cuidado —le interrumpí sonriendo—, esa enfermedad es amor: curaremos a esa niña casándola, si el novio es bueno.

—Ni lo imagine usted: mi ama jamás ha amado a nadie. Es una enfermedad física y terrible la que padece.<sup>4</sup>

Nos podemos preguntar, ¿realmente la joven está enamorada? Eran los síntomas clásicos del amor en aquel siglo XIX, pero cabe hacer énfasis en las palabras de la nana cuando dice: “—Ni lo imagine usted: mi ama jamás ha amado a nadie.”, nos hace suponer que el amor no es la causa del malestar y podemos creerle, pues ella la conoce muy bien. Por otro lado, también agrega: “Es una enfermedad física y terrible la que padece.”, lo cual nos hace sospechar que hay algo más, aunado a esto, una reflexión del doctor nos hace pensar que el asunto no es tan sencillo:

Cabizbajo me retiré, contemplando que tenía que luchar a brazo partido con la muerte, para arrancar de sus manos a esta flor casi marchita, era un desafío formal, era un lance en que mi reputación, mi orgullo, y un afecto indefinible y culto, me obligaban a poner todo mi estudio, todo mi cuidado en volver la salud a Cecilia: sin embargo, la enfermedad [...] es peligrosa, y además había hecho ya muchos progresos.<sup>5</sup>

¿Qué es lo que sospecha el doctor? Parece que ni él mismo lo sabe, sobre todo, cuando dice que la enfermedad es peligrosa y ha hecho estragos, es obvio que él conjetura algo mucho más delicado de lo que se ve a simple

<sup>4</sup> Manuel Payno, “Un doctor”, p. 14.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 16.

vista. Cuando el médico revisa a Ceci, la sintomatología es muy similar a la que presentaban todas las inocentes damas decimonónicas que recibían la visita de un vampiro: no come, no duerme, cada día se pone más extenuada y más pálida. Síntomas clásicos de visitas vampíricas nocturnas. No olvidemos que la nana fue quien comentó que la enfermedad no es el amor, ella presente algo más. El médico intenta curarla con todos los remedios que le suministra y los paseos al aire libre; con todo esto logra, supuestamente, alejarla de la muerte.

Cuando ella comienza a sentirse mejor, lo suficiente para poder salir de su casa y dar un paseo del brazo de su médico, él se da cuenta de que está enamorado de Ceci, pero es tímido, y aunque piensa en confesarle sus verdaderos sentimientos no se atreve y así se lo dice al interlocutor que no conocemos:

—Inútil será decir a usted que yo estaba loco de placer y de orgullo sintiendo el ligero peso del brazo de Cecilia. Quise por primera vez insinuarle, que el que había sido su médico sería su esposo; que el que la había puesto de nuevo en el camino de la vida, sería también en lo de adelante su guía y su compañero; pero tenía un nudo en la garganta y no encontraba palabras con qué comenzar mi declaración.<sup>6</sup>

Vemos que el narrador, a pesar de todo, es un hombre extremadamente introvertido que no se anima a declarar su amor, pues ve en Cecilia a su mayor ideal y tal vez, por eso mismo, no se atreve a decirle nada. Sin embargo, logra hacerlo a través de una carta, esa misma que se aprendió de memoria y que le repite a su interlocutor; al leerla vemos que está muy en el estilo del siglo XIX, llena de un romanticismo en donde se desborda el amor:

Cecilia, el que fue médico de usted y la libró de la muerte, ha tenido la locura de pensar que podría tal vez llegar a ser su esposo. ¿Consentiría usted, Cecilia mía? ¿Aceptaría usted mi pequeña fortuna y mi grande amor? ¿Aceptará usted a un hombre lleno de defectos físicos, pero cuya alma entera la consagrará a la felicidad de usted? Ruego a usted que conteste a quien es su obediente servidor que b. ss. pp.<sup>7</sup>

La respuesta de ella a la carta es un tanto ambigua, no se sabe bien a bien qué decisión tomará, pues por un lado le dice que lo aceptará como parte del compromiso a quien le debe la vida, “pero si usted quiere mi amor

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 20.

y mi ternura, le ruego que me conceda un plazo para resolverme.” Ella insinúa muy sutilmente, además, otras cosas: “Si acaso amara yo a otro, si conservara una esperanza alimentada desde mi niñez, si pronunciara un sí falso en el altar, ¿le parecería a usted, doctor, que pagaba dignamente sus servicios?” Esto abre la puerta para conjeturar acerca de si hay “otro” y si ese “otro” es aceptado por la sociedad y su familia, aunque nunca lo vemos. Así que sin rechazarlo *de facto* le pide un plazo para poder resolverle. Ante esta negativa, el médico se desespera y piensa en lo peor: desde suicidarse hasta exigirle una satisfacción.

Sin embargo, al cabo de pocos días, visita nuevamente a Cecilia para obtener la respuesta que anhela y su sorpresa es enorme cuando ve que en la casa de ella estaban velando a un difunto y que ese difunto era la propia Cecilia. Si ella ya estaba casi curada, ¿por qué recayó tan rápido? Sólo habían pasado cuatro días.

La muerte puede ser una alegoría del vampiro, pues su presencia está muy asociada con ella, recordemos que él ya visitó ese reino y sabe lo que es morir y resucitar a una vida diferente. Por otro lado, Ceci siempre está como muerta por las descripciones que hace el narrador de ella:

Eran las facciones delicadas de la niña que yo había conocido; pero alteradas por el sufrimiento; sus ojos negros y rasgados no brillaban con la alegría de la niñez; sus mejillas estaban encarnadas, pero no era el color de la juventud, sino el efecto de la calentura y agitación del camino. Por lo demás, Cecilia, extenuada con las mejillas hundidas, con los labios sin color, y con un tinte de melancolía indefinible, era a mis ojos más interesante que lo había sido en otro tiempo.<sup>8</sup>

Junto con el doctor, los lectores vemos a una joven melancólica y enferma, pero es en el XIX cuando este aspecto era tan atrayente en las damas jóvenes.

Veamos otro ejemplo más explícito de vampirismo:

Cecilia fijó en mí sus negros ojos, y se puso más encendida: yo saqué mi reloj para contar las pulsaciones, y evitar que los circunstantes conocieran la turbación que me causó su mirada [...]

—¿Tiene usted apetencia de comer?

—Ninguna.

—¿Y sed?

<sup>8</sup> *Ibid*, p. 15.

—Mucha.

—¿Y siente usted dolor de cabeza?

—Por las tardes.

—¿Qué más le duele a usted?

—El pecho.

Al oír esta palabra me puse pálido; fingí tos y me cubrí la mitad de la cara con mi mascada. Cecilia tosió también, se puso pálida, y exclamó:

—¡Jesús mío! Qué ardor tan terrible.

—¿Ardor, Cecilia, y dónde?

—En el pecho, Sr. Doctor; parece que tengo una llama. Agua, por Dios, una gota de agua.

—Sí, agua es menester; pero le mezclaremos una poca de goma —le dije—. No tenga usted cuidado; todo eso es a causa del camino y de la agitación.

—¿Y el corazón duele?

—Sí, señor; y me late con tal violencia que me ahoga. Doctor, agua.

Cecilia entrecerró los ojos, y su respiración era trabajosa. Me acerqué y oí los latidos de su corazón, como los sonidos de la péndola de un reloj de sala.<sup>9</sup>

Cecilia está enferma de amor, pero no de un amor normal, terrenal, el dolor del pecho puede significar la mordida del vampiro. El cuento está fechado en 1842, para esos momentos, en varios cuentos de vampiros todavía éstos mordían en el pecho no en el cuello, ejemplo de esto es “No despertéis a los muertos” (1823) de Ernst Raupach,<sup>10</sup> lo que puede dar perfectamente la idea de una mordida vampírica.

Cecilia tiene mucha sed y no hambre, si bien estos síntomas pueden ser de varios padecimientos, también pueden ser de un vampirismo naciente, pues algunos personajes así lo han manifestado, como la protagonista de *La sed* (2001), de Adriana Díaz Enciso.<sup>11</sup> Lo cual también abonaría en su originalidad, ya que en el XIX la mayoría de los vampiros no explica los síntomas de su conversión, lo cual haría que este cuento fuera aún más interesante.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 15-16.

<sup>10</sup> Durante muchos años, la autoría de este cuento se le atribuyó a Johann Ludwig Tieck, pero de un tiempo a esta parte, se corrige el error y se le da el lugar al verdadero autor: Ernst Raupach (1784-1852).

<sup>11</sup> Aunque *La sed* es una novela mucho más moderna, es de las primeras en las que se exponen los síntomas de la transformación vampírica. La mayoría de los vampiros del XIX no explica qué sucede durante su conversión, por lo que es difícil saberlo, sin embargo, es hasta el XXI cuando los personajes describen con lujo de detalle esa desesperación de sed, pero no pueden apagarla tomando agua, sino bebiendo sangre. Otras dos novelas que también muestran esto son: *Olfato* (2009) de Andrés Acosta y *Desmodus, el vampiro* (2013) de José Carlos Vilchis Fraustro.

Una última situación muy notoria sucede cuando el día en que el médico se asoma a su ventana, poco antes de que Cecilia muera, tiene un mal presentimiento y así se lo manifiesta a su interlocutor:

—El quinto día —continuó el doctor—, amaneció el cielo cubierto de nubes: un viento frío del Norte comenzó a soplar, y una ligera llovizna caía por intervalos. Abrí la ventana de mi cuarto, y dije para mis adentros: Estas malditas nubes y este aire frío, van a destruir todo mi trabajo. [...] ¿Usted sabe lo funesto que son estos **días fríos y nebulosos** para los que padecen del pecho?<sup>12</sup>

El vampiro se puede transformar en rata, lobo, murciélago y niebla. La narración del párrafo anterior nos indica que tal vez éste ronda a Cecilia en forma de niebla y no la dejará escapar, pues adquiriendo esta apariencia puede entrar a cualquier lugar, además de que el clima de esos días le sienta muy bien a él por ser muy similar al de su lugar de origen.

La declaración de amor del médico por medio de la carta parece acelerar el final de Cecilia, pues si ella se alivia podrá casarse con el doctor y se supone que ella ya estaba en vías de recuperar su salud. Desgraciadamente, cuando él va a buscarla, ella ya está muerta, el vampiro no permite que se la arrebatase y se le adelanta.

## **A modo de conclusión**

El cuento termina abruptamente con las lágrimas del recuerdo de aquel amor frustrado, pues cuando el médico cree que le ganó la partida a la muerte, ella va por su premio.

Como todos los cuentos románticos, “Un doctor” tiene un final trágico, es la clásica historia de amor que no logra un final feliz, pues algo se interpone entre el médico y Cecilia y ese algo es ni más ni menos que un vampiro, un personaje que no se ve, pero hay pruebas de su presencia.

El vampiro siempre ha mordido el cuello, también lo ha hecho en el pecho, inclusive en el brazo,<sup>13</sup> pero su evolución, unida al erotismo, cambió el lugar de la mordida al cuello. En consecuencia, una de las cosas más interesantes de este cuento es, precisamente, esa ambigüedad con la que se juega todo

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 17. Las negritas son mías.

<sup>13</sup> Revisese “La muerta enamorada” (1835) de Teófilo Gautier, en donde Clarimonda, la vampira, muerde el brazo de su amado para chuparle unas gotitas de sangre, las suficientes para no morir, pero tampoco hacerle daño a él.

el tiempo, ese si es o no es que vemos desde que Cecilia presenta los primeros síntomas de enfermedad y el médico se da a la tarea de querer arrebatársela a la muerte sin lograrlo y aquí cabría una pregunta: ¿realmente era la muerte o era un vampiro?

## Bibliografía

- Acosta, Andrés. *Olfato*. México, Ediciones SM/CONACULTA, 2009.
- Colón, Cecilia. *Dos siglos, una novela: Monja y casada, virgen y mártir*. Introducción Cecilia Colón, México, UAM-Azcapotzalco, 2012. (Biblioteca de Ciencias Sociales y Humanidades. Serie Estudios).
- . “Hay un nuevo habitante en la Ciudad de México: el vampiro”, en Colón Hernández, Cecilia y Ociel Flores Flores (coords.). *Los otros y nuestros monstruos: acercamientos a la literatura fantástica*. Presentación Cecilia Colón y Ociel Flores, México, UAM-A, 2018, pp. 69-128.
- Díaz Enciso, Adriana. *La sed*. México, Editorial Colibrí/Secretaría de Cultura Puebla, 2001.
- Gautier, Teófilo. “La muerta enamorada”, en Siruela, Jacobo de. *El Vampiro*. Introducción “Imaginar el vampiro” de Jacobo de Siruela, Traducción Violeta Pérez Gil, 2ª. edición, Madrid, Editorial Siruela, 2002, pp. 159-191.
- Morales, Ana María. *México fantástico. Antología del relato fantástico mexicano. El primer siglo*. México, Ciro Ediciones, 2008.
- Payno, Manuel. “Un doctor”, en *Novelas cortas*. Apuntes biográficos Alejandro Villaseñor y Villaseñor, 2ª. edición, México, Editorial Porrúa, 2004, pp. 14-20. (Colección “Sepan cuántos”..., 622).
- Tola de Habich, Fernando y Ángel Muñoz Fernández. *Cuento fantástico mexicano. Siglo XIX*. Prólogo Fernando Tola de Habich, México, Factoría ediciones, 2005. (La serpiente emplumada, 34).
- Vilchis Fraustro, José Carlos. *Desmodus, el vampiro*. México, Editorial Terracota, 2013. (La Escritura Invisible, 50).